

CONCLUSIONES DEL CONGRESO INTERNACIONAL DE PASTORAL VOCACIONAL

BENIAMINO STELLA*

Eminencias, excelencias, queridos sacerdotes y queridos hermanos y hermanas:

Deseo expresarles mi gratitud, en nombre de la Congregación para el Clero, por su activa y alegre participación en este Congreso Internacional de Pastoral Vocacional, contribuyendo así a enriquecer, en diversos aspectos, estos tres días de reflexión y profundización sobre el cuidado pastoral de las vocaciones.

Antes que nada, mi gratitud va dirigida al Santo Padre, que ha querido recibirnos y saludarnos uno a uno, dándonos así, ante todo, un elocuente ejemplo de cercanía, y que nos ha dirigido unas palabras de aliento que, ciertamente, una vez que hayamos regresado a nuestras respectivas Iglesias, serán como una brújula que nos oriente.

La pastoral vocacional –nos ha recordado esta mañana el papa Francisco– no es uno más de los ámbitos en los que se organiza la acción eclesial, sino una vía para actualizar el estilo de Jesús, que salía a las calles para encontrarse con la gente, que sabía detenerse sin prisas para escrutar los corazones con ojos de misericordia, que llamaba a las personas para iniciar un camino nuevo, invitándolas a descubrir el amor de Dios.

En estos tres días hemos recibido un gran tesoro, y quisiera darles las gracias, sobre todo, a los ilustres ponentes, que nos han enriquecido en los temas que atañen a sus respectivas especialidades, mostrando las repercusiones pastorales mediante un lenguaje fresco y cautivante, capaz de interrogarnos y estimularnos. De este modo, el tema de la vocación, visto tanto desde el punto de vista sociológico y psicológico como desde el bíblico-teológico, se ha conectado con los interrogantes y las esperanzas que hoy vive la Iglesia, y con las inquietudes de los agentes de la pastoral vocacional.

Esta mañana, el Santo Padre nos ha exhortado a trabajar de manera «que no se quede todo en un bonito congreso». Por ello, quisiera retomar algu-

* Beniamino Stella es el Cardenal Prefecto de la Congregación para el Clero.

nas de las cuestiones que se han suscitado estos días, dado que pueden orientarnos en la reflexión y el trabajo que llevaremos adelante en nuestras realidades locales.

1. En primer lugar, se nos ha mostrado la profunda relación que existe entre *vocación* y *misericordia*. Este era, en parte, nuestro objetivo en este Año Santo de la misericordia, y por este motivo quisimos elegir como título *Miserando atque eligendo* («Lo miró con misericordia y lo eligió»), que es el lema episcopal del Santo Padre.

Hemos podido reflexionar sobre cómo cada vocación nace del corazón de la Trinidad y se coloca –tal como nos testimonian las vocaciones narradas en la Escritura– en el horizonte de la misericordia divina, que envuelve a cada hombre. Por lo tanto, habiendo sido creados por Dios, todos los cristianos son destinatarios de una llamada personal y, al mismo tiempo, son guardianes responsables de la vocación de los hermanos.

Desde esta óptica, es preciso promover una seria «cultura de la vocación» que renueve la entera acción pastoral de la Iglesia. En el trabajo por grupos de ayer por la tarde, apareció la expresión «vocacionalizar» a los agentes de pastoral, comenzando por los obispos y sacerdotes. Crecer en esta sensibilidad y promoverla en la vida eclesial es la primera tarea que nos compete en nuestra diócesis.

2. Un segundo aspecto atañe a la relación entre *vocación* y *anuncio*. Para que las personas, sobre todo los jóvenes, puedan descubrir la voluntad de Dios y recorrer el camino que Él traza para ellos, es necesario que entren en contacto con el misterio de Dios, que les sea anunciada la alegría del Evangelio: «¿Cómo van a creer, si no han oído hablar de él? –pregunta el apóstol Pablo–. ¿Y cómo van a oír hablar de él, si nadie les predica?» (Rom 10, 14). En este sentido, esta mañana el papa Francisco nos ha exhortado a «no tener miedo de anunciar el Evangelio, de encontrar, de orientar la vida de los jóvenes».

Esta tarea se hace hoy mucho más difícil y urgente. En nuestro contexto cultural –no podemos negarlo–, a causa de múltiples cambios y de una crisis que afecta a numerosos ámbitos de la vida y de la sociedad, encontramos dificultades para transmitir la fe, desde el momento en que se ha roto la cadena generacional que la propagaba de manera natural. De hecho, en algunos casos los jóvenes carecen de una familia que los sostenga, o provienen de familias heridas y, en consecuencia, les cuesta tomar decisiones personales definitivas.

Desde esta perspectiva, debemos recuperar *la centralidad del primer anuncio* y la conciencia de que cada bautizado está llamado a ser un discípulo misionero en el contexto en el que se encuentra.

Podríamos decir que esta «primera evangelización» representa ya una forma de pastoral vocacional, que después deberá convertirse en una propuesta explícita con lenguaje y modalidad adecuados a la edad y la cultura de los destinatarios.

3. La tercera sugerencia atañe a la relación entre *pastoral vocacional y vida de la Iglesia*. Ciertamente, el cuidado de las vocaciones no se debe improvisar, sino pensar, orar y programar de modo específico, sin caer en esquemas rígidos ni en la mera aplicación de modelos abstractos. Por otro lado, la pastoral vocacional no puede considerarse una isla, sino que ha de estar en natural conexión y sinergia con los otros ámbitos de la pastoral eclesial –la catequesis, la familia, los jóvenes, etc.– en un proyecto de evangelización comprensivo y global, audaz y no mediocre.

4. En este contexto, hemos de hacer una referencia especial al *tema del acompañamiento y del discernimiento*. Se trata de una tarea de enorme importancia, sobre la que, como sabemos, toda la Iglesia está llamada a reflexionar en el próximo Sínodo de los Obispos.

El discernimiento es un auténtico desafío que requiere tiempo, cercanía, ponderación, oración, purificación. Sin este esfuerzo, se corre el riesgo de caer en la superficialidad y la incompetencia. Esto vale, sobre todo, para las vocaciones sacerdotales.

Es una tarea que incumbe a obispos y sacerdotes, llamados a acompañar a los jóvenes y a los candidatos al presbiterado. Se trata de tener una mirada –retomando las palabras pronunciadas por el papa Francisco esta mañana– «capaz de suscitar estupor por el Evangelio, de despertar del entumecimiento en el cual la cultura del consumismo y de la superficialidad nos sumerge, y de suscitar preguntas auténticas que conducen a la felicidad, sobre todo entre los jóvenes. Es una mirada de discernimiento, que acompaña a las personas sin posesionarse de su conciencia ni pretender controlar la gracia de Dios».

Muchas veces, las exigencias del trabajo pastoral no dejan el tiempo necesario para la escucha, la dirección espiritual y la atención personalizada de los jóvenes. Sin embargo, no podemos desentendernos de esta llamada: «Muchas veces es mejor detener el paso –leemos en *Evangelii gaudium*–, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al borde del camino» (EG 46).

No obstante, el discernimiento es también una tarea de todas las comunidades cristianas y de quien trabaja en la pastoral vocacional: las vocaciones nacen y florecen allí donde hay comunidades fervientes y contagiosas. Se nos ha recordado en estos días que si la calidad de la vida espiritual de nuestras comunidades es baja, la institución atraerá solamente a los mediocres, y de este modo nos arriesgaremos a tener sacerdotes sin entusiasmo, profe-

sionales de lo sagrado y burócratas del espíritu, pero no discípulos enamorados y pastores solícitos. Antes que con programaciones y organizaciones de eventos, la fascinación de la llamada del Señor se transmite cuando nuestros jóvenes ven el alegre testimonio de vida de los cristianos, de los sacerdotes y de los consagrados.

A tal propósito, además, hemos de resaltar que la vida fraterna entre los sacerdotes constituye un gran polo de atracción para promover las vocaciones y que, en un sentido más amplio, un alegre testimonio de vida cristiana es ya en sí mismo una acción de pastoral vocacional.

El servicio de acompañar y discernir exige a las comunidades cristianas, a las diócesis y a los centros diocesanos y nacionales de pastoral vocacional, cuidar la formación y la preparación de laicos, presbíteros y religiosos llamados a la tarea del acompañamiento. Tampoco en momentos de escasez numérica nos puede servir cualquiera para esta delicada misión: los animadores vocacionales deben ser bien seleccionados y formados, y esto vale especialmente para los formadores de Seminarios.

5. Quisiera compartir con ustedes una última cuestión sobre *vocación y misión*. Pienso en el pasaje de Jesús en el lago de Tiberiades y en la llamada a los primeros discípulos: quien se deja interpelar por su mirada de misericordia y decide seguirlo, debe vencer la inercia, la pereza, la comodidad, y ponerse en camino, lanzándose a la aventura de un seguimiento que requiere el coraje de dejar la seguridad de las propias redes para abrazar la misión de Cristo.

Se trata de una aventura capaz de ampliar los horizontes de nuestra vida y de hacernos gustar la belleza. Pienso que la pastoral vocacional debe proponer con este enfoque positivo y optimista el seguimiento del Señor a los jóvenes de hoy. Ellos, tan llenos de alegría y de sueños, pero a veces también dispersos por tantos reclamos superficiales, se apasionan fácilmente cuando intuyen que detrás de una propuesta o un proyecto está en juego algo decisivo para su existencia.

A este propósito, en la última Jornada Mundial de la Juventud, el papa Francisco, usando una metáfora verdaderamente eficaz, afirmó que uno de los peores males para los jóvenes es esa parálisis que nos hace «confundir la felicidad con un sofá» en el que tumbarnos cómoda y tranquilamente, sin arriesgar, sin crecer y sin soñar.

Por el contrario, el Santo Padre afirmó: «Queridos jóvenes, no venimos al mundo para ‘vegetar’, para pasárnosla cómodamente, para hacer de la vida un sofá que nos adormezca. Al contrario, venimos por otra razón, para dejar una huella [...] Dios viene a abrir todo aquello que te cierra. Te está invitando a soñar, quiere hacerte ver que el mundo contigo puede ser diferente» (*Vigilia de oración con los jóvenes en la XXXI Jornada Mundial de la Juventud*, 3 julio 2016).

Conclusiones

Esta es la buena noticia que la pastoral vocacional debe anunciar: seguir al Señor, colaborar en su misión, incluso dejándolo todo y abrazando el camino del sacerdocio ordenado y de la vida consagrada, es vencer la parálisis de una vida mediocre y sin sentido, es ir más allá, es soñar, es contribuir a cambiar el mundo.

Queridos amigos, deseamos regresar a nuestras ocupaciones en nuestros países con fuerzas renovadas para «tomar la iniciativa», «implicarnos» en la vida de los jóvenes (cf. EG 24), ayudarlos a descubrir la grandeza de la misericordia de Dios y la alegría que se suscita cuando ponemos nuestra vida a su servicio.

Y en esta fascinante misión, quisiera que ustedes consideraran la Congregación para el Clero como una casa con las puertas abiertas, en la que, con humildad y entrega, buscaremos siempre escucharlos, aconsejarlos y acompañarlos en el camino.